

EL DEVENIR ICONOGRÁFICO EN EL LIBRO DE LOS EJERCICIOS

“Él es la imagen del Dios invisible, el Primogénito de toda criatura. En Él fueron creadas todas las cosas.” Col 1,15-16. Palabra e imagen son dos dimensiones del ser humano: la revelación bíblica es revelación-palabra no revelación-imagen. Mediante la Palabra, el Logos, se crea el mundo. En la Palabra de la Sagrada Escritura Dios nos habla: “Al principio ya existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios.”, Jn 1,1. “Y la Palabra se hizo carne” en Jesús de Nazareth, 1Jn 1,14. Pero la Sagrada Escritura como Palabra de Dios es un libro lleno de relatos contemplativos, de comparaciones plásticas y de imágenes pintadas con palabras. Palabra e imagen, oír y ver, ambas cosas son importantes para el ser humano.

Palabra e imagen

La palabra está vinculada a la idea. Antes de que pronunciemos una palabra la hemos pensado. Al mismo tiempo necesitamos una lengua que nos es dada previamente. Mediante la palabra podemos comunicar a otros nuestros pensamientos, ideas y opiniones. La palabra necesita un interlocutor. En la palabra se produce declaración, se expresa convencimiento y se atestigua verdad. La palabra crea claridad. De este modo la propia identidad se hace accesible y atacable. En el uso de la palabra se trata de verdad y veracidad.

Observando a la persona humana aquí se muestran dos planos: el plano superior remite al incrustamiento de la persona en la cultura y en la historia. Con la lengua asume el individuo modos de ver y enjuiciamientos de la sociedad en la que ha nacido. Este plano es, al mismo tiempo, la escena que el ser humano necesita para interpretar un papel, su papel. Por el contrario, el plano inferior pone en claro que él tiene que decidirse, *qué* papel quiere interpretar, *cómo* lo interpreta y *quién* es él o ella. En este plano adquiere identidad como persona.

También en relación con el ser humano como imagen hay dos planos: En primer lugar hay una imagen frente al ser humano que la contempla. Hay una distancia entre imagen y espectador. La imagen no exige ninguna decisión, pero las imágenes pueden despertar sentimientos profundos, con los que captan el interior del ser humano y desde ese interior le movilizan. Acceden a una multitud de imágenes que él lleva en sí mismo y se unen con este mundo interior iconográfico. Al fin y al cabo el propio ser humano es imagen. “Después dijo Dios: Hagamos al ser humano como imagen nuestra, semejante a nosotros”, Gn 1,26. Verdaderamente el ser humano no puede verse a sí mismo, pero puede ser visto. Como imagen está expuesto a la mirada de los demás.

Con la palabra el ser humano puede elegir si dice la verdad o no. Con la imagen no tiene ninguna posibilidad de elección: ve lo que ve. Si no quiere verlo, tiene que cerrar los ojos. Y sobre todo: los *otros* le ven como le ven. Por eso desde niño, en el ser humano se da la nostalgia de ser contemplado para así poder conseguir prestigio; y, por otra parte, el temor a ser visto como no quiere que le vean. También sobre esto hay una Palabra desde los primeros capítulos de la Biblia: “Dios, el Señor, llamó a Adam y le dijo: ¿Dónde estás? Él respondió: Te he oído venir al jardín y tuve miedo porque estoy desnudo y me oculté.” Gn 3,9-10. El temor ante la dolorosa verdad que se manifiesta cuando Adam sale del matorral a la luz del día, le impulsa a cubrirse y a esconderse. Desde entonces hay una profunda tendencia en el ser humano a mejorar su apariencia con ropa y cosméticos, incluso a ocultar su rostro tras una máscara, según la imagen ideal que se ha hecho de sí mismo, o según la caricatura que tiene de sí mismo. Porque el propio ser humano es imagen, le determinan tanto las imágenes. Se dice que las imágenes forman y esto no sólo porque pueden ser algo interesante o formativo. Quizás más aún porque el ser humano en todo lo que ve busca su propia imagen y también la teme.

Sin reflexionar sobre esto, Ignacio ha contemplado en su *Libro de los Ejercicios* al ser humano en su totalidad y, por eso, en el proceso de los Ejercicios ha captado ambas dimensiones: la de la palabra en el oír y en el hablar y la de la imagen en el ver y en el ser visto. Sus ejercicios quieren ayudar a que el ser humano penetre en ambas dimensiones desde el plano superior al plano inferior más personal. En el plano superior, el ser humano permanece en ambas dimensiones todavía a distancia de sí mismo y de Dios que le quiere hablar y movilizar. Dado que el ser humano está marcado por el pecado original y tiene temor, hay en él una inclinación obstinada a evitar el plano inferior, el más profundo. En los Ejercicios se trata, sobre todo, de superar esta inclinación y de dejarse afectar por la palabra y por la imagen. Dirigiendo palabras al mundo imaginativo del ser humano, éstas le mueven internamente. El ser humano, formulando y pronunciando sus mociones en palabras, toma posición. Tiene que decidirse sobre qué mociones quiere seguir.

Composición de lugar

El primer texto del libro de los Ejercicios, en el que se habla expresamente del devenir iconográfico, es el *primer preámbulo*, la “composición viendo el lugar” (EE 47). Ignacio pone este preámbulo en todos los ejercicios después de la “oración preparatoria” (EE 46). Desde la *Segunda Semana* se coloca en la primera posición la “historia” y la composición de lugar retrocede a la segunda posición en los preámbulos. La formulación es sugestiva. Literalmente el texto español dice: “*Composición viendo el lugar*”. El ejercitante no es invitado directamente a ver el acontecimiento o la escena, que quiere contemplar, ni siquiera el lugar en que ésta sucede. ¿Qué debe componerse? El ejercitante, que debe ver, hace la composición con aquello de lo que el ejercicio trata. Con ello, se incorpora al lugar en que la historia sucede, a la cual se quiere dedicar de modo orante. Y a la inversa: la historia que él contempla se adentra en el lugar en el que el orante se halla. Se encuentran en *un* lugar. Por consiguiente, este preámbulo intenta mover al ejercitante desde un plano superficial puramente objetivo a un plano más personal y más profundo y a superar la distancia entre la materia iconográfica de la oración y la persona que ora.

Visto teológicamente, este lugar es la historia de salvación, que Dios desde el principio realiza en la humanidad. El ser humano ya vive siempre en este lugar y entra en él expresamente cuando trata con los acontecimientos e historias que son transmitidas por la Palabra de Dios en la Biblia. Entonces los textos de la Biblia ya no son sólo para él relatos interesantes y palpitantes o mensajes misteriosos. Le conciernen. Se convierten en imágenes que le conmueven emocionalmente, que tocan y moldean su alma. El ejercitante comienza a descubrir que él mismo se ve en estas imágenes. Se abre a que él también con su vida se encuentra en esta historia de salvación y tiene sitio en ella.

Alex Lefrank, S.J.

www.vacarparacon-siderar.es